

gobernar la tierra. Este gobierno de Dios, el mas perfecto que pueda imaginarse, sería para muchos hijos de este siglo el mas insoportable de los gobiernos, porque sería la sabiduría, el orden y la justicia en la mas elevada potencia. Ved por qué el gobierno que se parece mas al de Dios sobre la tierra, porque es su mas alta manifestacion, quiero decir, el gobierno pontifical, tiene este privilegio incommunicable de los odios satánicos. Si vosotros supierais los furores sordos que se agitan en ciertos corazones contra el sucesor de Pedro, quedaríais horrorizados. Pero este odio no debe sorprenderos. Satanás está contra Dios, y los representantes de Satanás están por la fuerza de las cosas armados contra los representantes de Dios. Roma, el gran centro de la autoridad; Roma, la autoridad mas elevada, mas permanente y mas universal, es el objeto de los odios mas profundos, mas permanentes y mas universales; ¿y esto no os dice nada?...

Hé aquí el fondo del mal social; y cualquiera de vosotros que haya sido llamado á ejercer una parte de autoridad, ya no puede ignorarlo. Príncipe, pontífice, magistrado, funcionario, cualquiera que sea el nombre que lleve, tiene preparados contra sí los odios, y siente pasar sobre su cabeza ese viento de infierno que sopla en las almas el odio á la autoridad. Sí, Señores, la conspiracion contra la autoridad, la conspiracion en las tinieblas de la noche y la conspiracion á la luz del sol; la conspiracion en el fondo de las almas y la conspiracion en la superficie. Y en esta vasta conspiracion contra la autoridad, por todas partes un individualismo soberbio, un egoismo monstruoso, que se manifiesta en discursos, en libros, y con palabras dignas del infierno que las inspira: *La independencia ó la muerte.*

Este es el mal, Señores: ¿de qué serviría ocultarlo del todo ó reducirlo á su mitad?... ¿Quereis para este mal un remedio? ¿no un remedio que os cure inmediatamente, sino que os cure infaliblemente? Sí, lo queremos. ¿Y cuál será este remedio? No temais, Señores, yo no pediré á la violencia el secreto de la armonía social, ni al imperio de la fuerza material que reprima el desorden moral. Lo que yo os pido, Señores, y lo que debe curaros, y lo que todos podeis concederme, es la reaccion cristiana contra el mal del orgullo que engendra por sí solo ese mal satánico de la independencia; y la reaccion contra el orgullo es la *humildad.* ¡Oh humildad, madre de la armonía, de la

felicidad y de la paz, ven, descende en medio de nosotros, y tráenos para el mal que nos devora, tu remedio divino!

Pero ¿cómo es la humildad un remedio eficaz para nuestro mal social? Porque la humildad cristiana bajando en todas las almas, es por su naturaleza misma la supresion de este gran mal de las almas. En efecto, el odio á la autoridad, obstáculo eterno á la armonía social y enfermedad especial de nuestra época, no es en el fondo otra cosa que el horror de la sumision y de la dependencia. Ahora bien, la humildad es esencialmente sumision y dependencia, sumision cordial y dependencia respetuosa. Y hé aquí lo que os muestra desde luego en el fondo de la humildad cristiana el remedio supremo para el mal de la sociedad. La armonía no se concibe sino por medio de la sumision y de la dependencia; y la sumision y la dependencia son de la esencia misma de la humildad. El primer grado de la humildad no es sino el primer grado de dependencia delante de la autoridad divina, y la consumacion de la humildad es la consumacion de la dependencia delante del dominio absoluto de Dios; y esta dependencia y esta sumision voluntarias la humildad las lleva y conserva inviolables delante de todas las autoridades que derivan y dependen de aquella autoridad suprema.

Y ved por qué allí donde todos son humildes, todos son sumisos, y por consiguiente todos verdaderamente súbditos, porque un súbdito no es otra cosa que un sér sumiso. Por el contrario, allí donde todos son orgullosos, todos quieren mandar y nadie quiere obedecer; allí nadie es sumiso, y por lo tanto nadie verdaderamente súbdito; no hay mas que súbditos de la fuerza y los servidores sumisos de la fatalidad. Allí no se conoce la sumision voluntaria y la dependencia respetuosa; y la armonía social se escapa de aquellos pueblos que no saben ser mas que una de estas dos cosas: revoltosos ó esclavos, crueles ó serviles.

Así es, que para gobernar un pueblo de orgullosos, cuando estos orgullosos no saben avenirse con la esclavitud, no es bastante el mas grande talento político, aunque fuera el mas pequeño de los pueblos. Para gobernar la sociedad de los humildes basta un hombre vulgar; porque los humildes van por sí mismos adonde los llama el orden, y si para ellos debe haber una autoridad, no es para obligarlos con la fuerza, sino para indicarles lo que deben hacer.



Y de estos hombres espontáneamente sumisos y voluntariamente súbditos no esperéis nada de servil. El pueblo formado con las doctrinas de Belén y del Calvario es sumiso, pero es grande: sumiso sin servilismo, grande sin orgullo, arrogante sin insolencia; y su arrogancia no es más que el sentimiento de la justicia, que aprecia tanto más cuanto menos se idolatra á sí mismo. Estos hombres tan sumisos delante de toda autoridad legítima, son los únicos que en el día de las grandes pruebas no bajan la cabeza delante del triunfo de los malvados; los únicos que los tiranos hallan en pié en medio del servilismo y abatimiento universales. Porque la misma razón que les hace inclinarse bajo la autoridad, los hace inflexibles delante de la usurpación; y cuando el hombre aspira á tomar el lugar de Dios relativamente á su obediencia, son ellos los que gritan aunque se les amenace con la muerte: *Sabed que conviene obedecer á Dios antes que á los hombres.* Corderos delante de la autoridad, son leones delante de la tiranía.

Tal es la inmensa importancia social de la humildad cristiana. Vosotros, Señores, relegáis orgullosos la práctica de la humildad al fondo de los claustros como un misticismo vano: aprended todos, y en especial vosotros que gobernáis hombres, el secreto divino de la grande política. Vosotros pedís á la legislación, á la administración, á las constituciones, al talento ó á la fuerza el secreto de resolver en vuestras hábiles manos el problema difícil de la armonía social. ¡Ah! conoced por fin donde está el obstáculo ó el secreto del gobierno de los pueblos: aprended lo que es el orgullo y lo que es la humildad. El orgullo es la independencia, la humildad es la sumisión. El orgullo es la rebelión, la humildad es la obediencia. El orgullo es la revolución, la humildad es la restauración. El orgullo es la anarquía, la humildad es el orden. El orgullo es el socialismo, la humildad es la sociedad. El orgullo es el odio de la autoridad, que hace á los pueblos ingobernables y el gobierno imposible; la humildad es el amor de la autoridad que facilita el gobierno y hace la felicidad de los gobernados. La humildad, ¡ah! no es solamente la obediencia á toda autoridad legítima, el respeto de toda verdadera grandeza; es también el amor de la autoridad que la manda y de la grandeza que ella venera. Porque ella lleva para siempre en su seno estas tres cosas indisolublemente unidas, la obediencia, el respeto y el amor. Sí, Señores, la humildad hace este

milagro que es uno de los mayores secretos de la armonía social: ella sabe amar por todas partes, debajo de ella si es superior, encima de ella si es inferior, á los lados de ella si es igual; siendo superior, ejerce un imperio fuerte como la paternidad, suave como la maternidad; si es inferior, presta una sumisión filial y una obediencia en que se confunden el respeto y el amor, y hacen aquella miscelánea exquisita cuyo secreto ha sabido hallar solamente el cristianismo; cuando es igual, abraza á todos sus hermanos y se da á cada uno según la medida de sus necesidades; si mira arriba, no es para envidiar; si mira abajo, no es para despreciar; y si mira á los lados, no es para odiar: envidia, desprecio, odio, ¡ah! la humildad no ha conocido nunca estos tres hijos del orgullo, enemigos eternos del orden; cual madre que abraza á sus propios hijos, abraza estas tres cosas que ella misma engendra en todos lugares y tiempos, obediencia, respeto, amor: y en medio de estas tres cosas hace desplegar la flor suave de la fraternidad, y el fruto generoso del orden social que hace á las generaciones dichosas y á los pueblos progresivos.

¡O Dios de la paz, autor del orden y centro de la armonía, ¡ah! dejadme ver antes de morir una imagen á lo menos de lo que he entrevisto meditando al pié del Calvario en la luz de vuestro rostro, la sociedad de los humildes sobre la tierra. ¡O sumisión, ó respeto, ó amor, ó unidad, ó armonía, ó ideal que nos mostró Cristo en el fondo de estas palabras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón;* ideal que vemos siempre huir delante de nosotros, oscurecido por los nublados que levanta en nuestro derredor el orgullo! ¡Ah! apartad de mi vista esas sociedades entregadas al espíritu de Satanás, abandonadas al demonio del orgullo, en las que no veo más que hombres que rabian por despreciarse, envidiarse y aborrecerse; y para consolarme de los espectáculos presentes con la esperanza del porvenir, mostradme entre los hombres, á lo menos en aquella medida que permite la tierra, ese ideal social que solo el cristianismo ha podido revelarnos y que solo él puede realizar entre nosotros. ¡Ah! ¡qué bella es esa sociedad de los humildes! ah! cuánto la aman los príncipes! cuán sumisos son los vasallos! qué benigno es el amo, y obediente el servidor! qué fraternal es el rico! qué resignado el pobre! cómo está todo en su lugar! cómo lo que está en lo alto toca con armonía á lo



que está en el medio; y lo que está en el medio se une sin hacerle daño á lo que está abajo! en esa sociedad, de la que se ha retirado el orgullo y en la que reina como soberana la humildad, ah! cómo todo es órden, justicia, bondad, resignacion, paciencia, amor, fraternidad!

¡Ah, Dios mio! ¿sería esto por ventura un sueño? ¿á qué pues esta vision que pasa delante de mi alma, y me arranca al pasar este saludo de simpático amor? ¡Ah! Señores, desde aquí os oigo murmurar en vuestro interior: ¡Ilusion! ilusion! Esa vision que pasa delante de vuestros ojos arrobados, esa sociedad que pintais con colores que le da vuestro amor, no es, no, la tierra, es el cielo.... Sí, vosotros teneis razon: ese reinado soberano de la humildad entre los hombres, su reinado perfecto, perpetuo, universal, sería la sociedad del cielo.... Si, pero de ese cielo, si nosotros lo queremos, puede lucir un reflejo sobre la tierra; si la humildad cristiana puede algun día hacerse otra vez popular, el infierno social se escapará de nosotros y nos dejará alguna sombra de la sociedad de los cielos. Yo no sé lo que ha de suceder, pero un presentimiento invencible me dice que la sociedad moderna será salvada por los pequeños. Los orgullosos nos han perdido, los humildes nos salvarán. Esta es mi fe, esta es mi esperanza, y este es el ensueño de mi amor por tantos hermanos que quiero salvar. Así pues, por mas que haga Satanás para desplegar la bandera de Babilonia sobre nuestros muros, en nuestros foros y en nuestras plazas públicas, nosotros tendremos levantado el estandarte de Jerusalem. Miétras que él empujará al grande abismo del orgullo con las riquezas, los honores y los deleites, nosotros empujarémos con Jesucristo por medio de la pobreza, la austeridad y el desprecio del mundo, al reinado de la humildad, verdadero reino de Dios entre los hombres.

Y ahora, Señores, ántes de dejar este recinto, ¡ah! dad á mi fe una prenda del porvenir, y á mi palabra una prenda de feliz suceso: haced un acto de humildad. Bajo esa bendicion que va á caer sobre vosotros, prosternad vuestros cuerpos y sobre todo vuestras almas; y despues levantáos, llevando en vuestras almas una grandeza igual á la profundidad de vuestras prosternaciones. Vosotros sois aquí mas de tres mil, y con tres mil humildes que hallan en su abatimiento voluntario

la inteligencia de la grandeza verdadera, puede levantarse el nivel moral de esta populosa ciudad: haced que con el poder de vuestros ejemplos sea Paris llamado, no ya una Babilonia, sino una nueva Jerusalem. ¡Hijos del Calvario, humilláos, y que sobre vuestra humillacion se levante la ciudad del Progreso, la verdadera ciudad de Dios!